

Algunas ideas sobre la creación en el arte y en el diseño

Actas de Diseño (2019, diciembre),
Vol. 29, pp. 165-168. ISSN 1850-2032.
Fecha de recepción: septiembre 2016
Fecha de aceptación: marzo 2017
Versión final: diciembre 2019

Marcelo Rodríguez Meza (*)

Resumen: El acto creador o Poiesis en el Arte y Diseño, como proceso de vínculo entre el pensamiento analógico, la realidad inspiradora y la idea de mundo o circunstancia del creador, genera procesos de observación y abstracción necesarios para la construcción de los mundos de la imagen y del objeto en la sociedad. Es en la propia obra, donde se constata el proceso de observación por parte del creador, para crear un mundo inédito, irrepetible, pero al mismo tiempo, inspirador de nuevas relaciones, realidades y creaciones. Se plantean ideas sobre el acto creador en una época donde lo intangible se impone sobre lo concreto.

Palabras claves: Creación artística - Pensamiento analógico - Inspiración - Representación de la realidad - Espectador - Creador.

[Resúmenes en inglés y portugués y currículum en p. 168]

“Mi alma entera es un grito y mi obra entera es la interpretación de este grito” (Quiroz, 2001). Esta frase de Nikos Kazantzakis, quizás el escritor griego más profundo del siglo veinte, nos permite adentrarnos en el complejo y siempre misterioso problema de la creación en las artes. He recordado esta frase, porque me inspira para esbozar algunas ideas sobre uno de los temas vinculados a la creación artística, me refiero al acto creador, al proceso que permite construir realidades poéticas, y permite relacionar ese acto con la pregunta del cuestionamiento de la creación contemporánea.

Más allá de tratar de responder que es el arte, el diseño, la poesía, o que se entiende por creación, o cómo se construye una novela, un obra musical, una escultura, una fotografía, debemos preguntarnos por el milagro de ese acto creador, al ver como una simple piedra se puede convertir en la Basílica de San Pedro de Miguel Ángel Buonarroti, en la casa Curutchet de Le Corbusier, en la Sagrada Familia o en las fantásticas chimeneas de la Casa Milá de Gaudí, o en las velas desplegadas de la Opera de Sydney, de Utzon; o cómo unas aplicaciones más o menos ordenadas de color sobre un muro o una tela, se pueden convertir en pinturas como La Última Cena de Leonardo o Las señoritas de Aviñon de Picasso; o un trozo de papel y fibra devienen en una lámpara de Isamu Nagushi, o finalmente, cómo unas simples palabras, las mismas con las que hablamos vulgar y cotidianamente, se convierten en poema.

La creación en la literatura, en el diseño, en la música, en el cine, tiene que ver, entre otras cosas, con la capacidad del ser humano de captar la realidad, de observar el mundo que lo rodea, de establecer un proceso analógico, y de crear algo nuevo a partir de lo existente.

Captar la realidad, interna o externa y expresarla de una manera distinta, personal, única, es lo que entendemos por capacidad creativa en el arte, y es lo que nos convoca aquí, para pensar sobre el cuestionamiento de la creación artística hoy.

Desde que el ser humano comenzó su caminar en la historia, ha manifestado, con ese grito originario, profundo y espiritual, el mismo grito de Kazantzakis, su

interpretación del mundo que lo rodea, de los actos que lo modelan y de las ideas que lo categorizan.

Es el grito humano, es el planteamiento ante el mundo, es el cuestionamiento eterno ¿quién soy, qué soy, para qué soy? Y es la pregunta que se manifiesta en quizás el acto más sublime, más trascendente, noble y profundo del ser humano, el proceso de crear.

Desde las primeras manifestaciones hasta las más recientes acciones de nuestra propia historia, el ser humano ha creado, sigue creando y seguirá creando. Seguirá dándole vida a algo. Pero, ¿para qué? Simplemente, para fundamentarse, para darse un contenido, para ser. Ha creado y crea artísticamente para preguntarse a sí mismo y para responderse a sí mismo. Por lo tanto, resulta obvio entender que todo aquello que crea, todo aquello que se manifiesta en ese “grito”, está ricamente lleno de significado, es decir, de sentido, de un “algo” que vale, pero no sólo de un algo que vale sólo para él, sino que se convierte en valor humano, valor de todos.

El acto humano de crear consiste en transfigurar, es construir una realidad a partir de otra realidad, preexistente, inspiradora, motivadora; la creación en el arte siempre es un paso, de una realidad a otra. Es importante detenerse en este punto, para precisar que la creación artística es fundamentalmente analógica, el artista crea a partir de la observación de realidades preexistentes; lo que hace el creador es crear a partir de algo. Nada nuevo bajo el sol, suele decirse. Porque es cierto, el arte es una cuestión de permanentes replanteamientos sobre el propio ser y su existencia en el mundo. Es un eterno repensar el mundo. El proceso creador supone una nueva realidad que recuerda una realidad inspiradora, pero sólo debe hacer eso, recordarla y a veces, incluso, diluirla hasta, si no olvidarla, hibernarla, ocultarla, cubrirla con un velo, apagarla. No podemos dejar de recordar a nuestro gran poeta, creador de mundos lingüísticos, Vicente Huidobro, cuando dice en su manifiesto *Non Serviam* “no he de ser tu esclavo, madre natura; seré tu amo. Te servirás de mí; está bien. No quiero y no puedo evitarlo; pero yo también me serviré de ti” (Arenas, 1964).

La inspiración supone situaciones reales, concretas, a veces tremendamente contingentes. Nos inspira lo que vemos, lo que sentimos, lo que escuchamos. A veces son situaciones momentáneas, transitorias y tremendamente efímeras, que, por su impacto inmediato y emocional nos hacen resaltar mensajes; a veces, en tanto, son actos más duraderos, quizás dogmas, a lo mejor arquetipos, que nos hacen establecer o exaltar valores. Lo increíble, como decíamos, es que el motivo inspirador se diluye en la obra creada; ciertamente es algo paradójico, pero así es: la acción inspiradora, que, repito, es cierta, concreta y objetivamente real, sin dejar de existir, deja de aparecer o manifestarse. Los Fusilamientos del Dos de Mayo de Goya, el Guernica de Pablo Picasso y las Tumbas de los Médicis, de Miguel Ángel, los afiches de Toulouse Lautrec son apenas tres ejemplos de esto, entre un maravilloso universo de creaciones.

Son obras inspiradas por algo contingente, impactan al creador, lo impulsan a crear para testimoniar con su mirada, con su capacidad conceptual y con su oficio, sus propios sentimientos respecto a ese acto contingente al resto de su propia sociedad.

La invasión napoleónica y los excesos de la represión francesa son ciertos, fueron una realidad dolorosa, y Goya, inspirado por ese drama, hace una obra que si bien denuncia la invasión y los irracionales excesos de la guerra, trasciende la contingencia. Los fusilamientos de Goya se convierten en un grito universal, un grito que supera el tiempo y el espacio, y que se transforma en exaltación de valores.

Guernica es otro ejemplo de esta acción inspiradora. Hoy, cuando miramos la pintura, no sólo vemos el acto inspirador contingente que inspiró a Picasso, la Guerra Civil Española y el bombardeo de una ciudad específica; vemos la denuncia ante el horror de la guerra moderna. En Guernica vemos a todas las ciudades que han sido destruidas por las guerras de la historia. La realidad inspiró la creación, la obra creada superó al motivo inspirador. Las tumbas de Lorenzo y Giuliano de Médicis, en San Lorenzo, Florencia, también nos recuerdan esta perfecta relación entre obra creada y acto inspirador, donde éste, al final, se olvida. El propio Miguel Ángel lo dice: “se me critica que en los retratos no son parecidos.... Dentro de doscientos años nadie sabrá cómo eran en realidad” (Hodson, 2000, p. 64).

Y los trabajos de Toulouse Lautrec, la imagen de la bailarina Goulue, los rostros caricaturescos de los parroquianos del Moulin Rouge, sin duda responden a una realidad concreta, cotidiana, que además se vincula con un anuncio específico, una convocatoria precisa para ese día, en ese lugar y a esa hora. Pero el afiche de Toulouse Lautrec es más que un simple anuncio publicitario, es un registro del momento, de la época, de la sociedad francesa de fin de siglo XIX, es la mirada del hombre, del creador, que vive ese mundo descarnado y lo muestra también descarnadamente.

En fin, la acción creadora, que conlleva la aparición de nuevos lenguajes de comunicación, visuales, orales y gestuales tiene que ver con la inspiración que ofrece la propia realidad. La capacidad creadora del ser humano no ha variado desde sus primeros inicios en la historia hasta ahora; el escultor anónimo que talló la Venus prehistórica

de Willendorf, Botticelli con la Venus renacentista, Manet con la Olimpia moderna, y Picasso, con su grupo de señoritas de la calle de Avignon, no han hecho otra cosa que transfigurar la realidad. Crearon nuevas realidades a partir de la propia realidad. A veces, muchas veces, de su propia realidad. Es lo que hace Vincent van Gogh, con cualquiera de sus autorretratos, y Rembrandt, también con sus autorretratos.

Crear es transfigurar. Y el acto de transfigurar no es otro que poseer la asombrosa capacidad de observar al mundo que nos rodea, observar las expresiones de una persona, observar las actitudes de las personas, observar sus movimientos, sus ademanes. Pero es por sobre todo, la capacidad de observarnos a nosotros mismos, desde la apariencia hasta lo más profundo. Esa capacidad, que ha tenido el ser humano desde siempre, pasa por un proceso de análisis donde abstraemos de esa realidad externa los elementos fundamentales que la definen y la precisan.

En otras palabras, sacamos de la realidad aquello que es lo esencial de ella. A eso le llamamos abstracción. Con la abstracción sintetizamos, captamos la esencia, le damos valor a aquello que es fundamental en esa realidad que nos inspiró. Es lo que hizo el creador prehistórico y lo que hace el creador actual: observa, analiza, abstrae, y mediante la abstracción, crea una nueva, distinta y diferente realidad. Crea una nueva realidad.

La obra creada, al estar inspirada por la esencia de la realidad, y al ser ella misma la proyección de esas esencias, se vuelve en símbolo, adquiere un sentido, alcanza un significado. Por eso, la obra creada refleja a su autor, y es reflejo de su época. Representa al ser humano en cuanto a individuo y en cuanto a sociedad y expresa lo que es. René Huyghé, uno de los más importantes historiadores del arte, nos dice que el arte empieza en el momento en que el hombre crea, no con un objetivo utilitario como hacen los animales, sino para representar o expresarse; es cierto. El artista prehistórico que talló a la Venus de Willendorf, Goya con sus fusilamientos, Picasso con Guernica, Miguel Ángel con sus esculturas, representan al ser humano en su totalidad. Su capacidad de observación le permite captar lo esencial de la mujer, sus rasgos matriarcales, sus grandes pechos que simbolizan lactancia, alimento, su gran vientre, que significa fertilidad, prolongación de la especie, maternidad. La Venus es algo más que un objeto utilitario, es una idea, es un signo, es un objeto cargado de significados. Es la imagen llena de significado plasmada por el trazo de un hombre, es la esencia de una realidad. En ese pequeño tallado se observan un sinnúmero de elementos propios del ser humano, como si fuera la más antigua metáfora creada por el hombre.

Lo que hacen Van Gogh y Rembrandt, es lo mismo, es el acto de descubrir, de develar en sus obras el significado de su propia vida, inmersa en una sociedad, en la que vivió, y reflejo de la sociedad humana en su totalidad y complejidad.

Es cierto, el arte empieza cuando expresa dice Huyghé; pero nosotros decimos, además, cuando crea nuevas realidades. Porque en esa nueva realidad está implícita la expresión, la expresión de ese hombre llamado creador, la expresión de su mundo, de sus sueños, de sus temores; y esa expresión es el grito del que hablábamos al comenzar estas ideas.

El ser humano expresa su mundo en estas creaciones llenas de significado, llenas de signos que debemos aprender, permanentemente a traducir, a interpretar, a reconocer. Captar lo esencial del mundo que nos rodea, y transmitirlo con nuestras propias potencialidades creando una nueva realidad, un nuevo mundo, es lo que los griegos llamaron *poiesis*, el acto poético.

Poeta significa creador y creador es quien crea esas realidades. Es el acto supremo del ser humano de captar lo esencia de la realidad, para, mediante un acto de abstracción intelectual, y utilizando ciertos códigos que son parte de un lenguaje específico, logran crear una nueva realidad. La metáfora, el sonido, la esencialidad plástica, la concepción espacial, son los instrumentos intelectivos, humanos, no naturales, con los que el artista crea esa realidad.

El poeta, el creador, es ese pequeño dios *huidobriano*, capaz de crear una realidad única, original, inédita, a partir de otra realidad, que deja de ser. La realidad artística supera a la realidad natural.

De ahí entonces, la necesaria mirada al momento. Sabemos que a lo largo de la historia, la creatividad ha tenido diferentes matices y es hace poco (término relativo en todo caso) que se le asigna un rol destacado en el acto de crear al artista, en otras palabras hace poco que se reconoce al artista como creativo. No debemos olvidar que en las etapas iniciales y formativas de toda cultura, el papel creador está en manos de los dioses o de las musas. Homero inicia su *Iliada* con “canta diosa la cólera de Aquiles”...y en la *Odisea* “¡oh, poeta...! Es la musa quien inspira tus cantos, o tal vez el mismo Apolo...”, es decir, no es él el creador, es sólo un portavoz...y así, podemos buscar ejemplos en cualquier latitud, y en cualquier cultura, para constatar que el poeta, el artista, desde hace poco que reconoce su potencialidad de creador. Hay que esperar al renacimiento humanista, para que el propio Miguel Ángel, veinteañero soberbio, inscriba su nombre en el pecho de la María en *La Piedad del Vaticano*, auto-proclamando la creación del poeta. Es el reconocimiento al propio genio creador. Y es el mismo Miguel Ángel, el que exalta esa idea de genio, cuando plantea su idea del acto artístico como un acto de-velador, des-cubridor. No cualquiera, sólo el artista, tiene esa capacidad creativa de descubrir estéticamente lo que ya existe.

A partir de Kant, la experiencia que él llama sensibilidad, es la realidad que se percibe a través de los sentidos y conduce a la interpretación de la realidad por parte del creador. Es el inicio de la modernidad, donde el artista, con su genio autónomo, es el creador absoluto, solitario, autónomo y autárquico.

El poeta se convierte en imaginador, y su obra es la sublimación de la naturaleza, del propio creador y del mundo a su alrededor.

El punto más álgido de ese proceso es el creador expresionista, el que manifiesta en su obra su personal visión del mundo, del exterior y del interior. El artista como filtro de la realidad. Desde que las vanguardias plantean el proceso del arte como un proceso conceptual, el creador adquiere plena autonomía; deja de ser un intermediario, un portavoz, la voz o la mano genial de los dioses o las musas. El creador se convierte en un pequeño dios, como lo dice Vicente Huidobro, en *Arte Poética* “sólo para

nosotros viven todas las cosas bajo el sol. El poeta es un pequeño dios”. Esa actitud la observamos, nuevamente en Huidobro, al leer su manifiesto *Non Serviam*, texto clave en la nueva manera de entender el arte y la creación:

Y he aquí que una buena mañana, después de una noche de preciosos sueños y delicadas pesadillas, el poeta se levanta y grita a la madre natura: *non serviam*. Con toda la fuerza de sus pulmones, un eco traductor y optimista repite en las lejanías: no te serviré. *Non serviam*. No he de ser tu esclavo, madre natura; seré tu amo. Te servirás de mí; está bien. No quiero y no puedo evitarlo; pero yo también me serviré de ti. Yo tendré mis árboles que no serán como los tuyos, tendré mis montañas, tendré mis ríos y mis mares, tendré mi cielo y mis estrellas.

Y ya no podrás decirme: ese árbol está mal, no me gusta ese cielo..., los míos son mejores.

Yo te responderé que mis cielos y mis árboles son los míos y no los tuyos y que no tienen por qué parecerse (Arenas, 1964).

Hoy la creatividad ha superado los límites de la propia obra de arte, al entender el acto creador como más importante incluso que la propia obra resultante, si es que hay obra resultante.

La creatividad, tal como la vemos en nuestros tiempos, ha adquirido una fuerza de tal magnitud que ha llegado a ser más importante que la obra de arte en sí. Esto explica por ejemplo que muchas obras contemporáneas valoren más la capacidad creativa del individuo que la búsqueda de la belleza. En efecto, el siglo veinte y los primeros años de este siglo veintiuno se manifiestan más por obras donde se resalta lo insólito, lo inesperado e incluso lo aberrante. Esto nos hace pensar que el tema de la creatividad y el arte están indisolublemente unidos, pero que el énfasis dado en los distintos tiempos históricos es diferente.

Así, podemos ver como el concepto de creación y belleza de una época ha dado paso al concepto de creación y creatividad en la época actual. La pregunta es, entonces, ¿Qué realidades quiere mostrarnos el proceso creador de hoy? ¿Qué nos quiere decir el creador del presente? Pareciera que el artista se convierte, hoy, en creador sensorial inmediato, le asigna a su creación una finalidad: producir una entidad nueva, una obra en sí misma que no existe hasta el momento de su creación y que desaparece una vez realizada. Pareciera que el artista, el diseñador, el poeta, insufla en la materia una idea viva, la materia animada por la idea, que se convierte en un objeto autosuficiente, totalizador y efímero; ¿todo lo contrario a lo planteado por Miguel Ángel, en su estética del develamiento, donde la idea vital vive en la materia y de manera eterna y el creador sólo la hace aparecer a la luz, entendiendo ese “sólo”, como un acto de genialidad? Ante este fenómeno, el artista de hoy es un alterador de la naturaleza, un provocador de símbolos y conceptos en la materia. Y en este panorama, el artista se nos aparece de la mano de un nuevo personaje en la construcción de la obra; el espectador, una especie de demiurgo contemporáneo. En este proceso creativo, que comenzó con el artista apoyándose en las musas, hoy se asocia con el espectador. Por algo estamos insertos en la era del espectáculo.

El espectador se convierte en el actor del proceso creador, se convierte en re-creador de la obra, la hace ser, le da existencia. Y a veces, con su presencia, le da forma. Y en este punto tenemos que detenernos, porque aquí entra a jugar de manera directa el tema: el cuestionamiento de la creación contemporánea.

Hoy, el acto creativo está en manos del “espectador” y usemos ese nombre porque dice más que su sinónimo “observador”; la sociedad actual es sociedad de espectáculo y no de observación, luego somos espectadores y no observadores.

Lo lógico es que debiéramos ser más observadores y menos espectadores, ya que el proceso de observación es más profundo, más permanente, más analítico, más reflexivo que el mero o simple ser espectador, que es sólo transitorio, circunstancial, esporádico. Pero, el caso es que estamos viviendo la sociedad del espectáculo.

Según esta idea, la obra de arte hoy no la hacen ni los dioses, ni las musas, ni los artistas, incluso se ha superado el propio proceso de la obra; hoy la obra de arte, en un proceso de desintegración material, no es ni su soporte ni su material, no es la idea que fundamenta, ni la forma que sustancia; hoy es lo que ve el espectador, aún más, es lo que cree ver el espectador.

No debemos olvidar que estamos viviendo una etapa donde lo intangible, lo aterritorial, lo desmaterializado, la deconstrucción, la descontextualización se impone sobre lo concreto y tangible. Hoy se habla de literatura efímera, de imagen virtual, de reality show.

¿Será entonces que hoy, la creación artística la hace el espectador? ¿Será acaso que el mundo del diseño corresponde más al “usuario” que al “creador”? ¿Será por eso la existencia de “colectivos” en los procesos de desarrollo de las obras, o de diseño personalizado o customizado? Quizás esta pregunta nos permita justificar la relación que debe existir entre la apreciación, el conocimiento estético y la crítica. Porque alguien debe guiar a ese espectador, a ese usuario, alguien debe conducirlo, o por lo menos, alguien debe colocarlo en el camino.

En una sociedad del espectáculo, debemos tener claro que estamos viviendo el espectáculo. Las interrogantes son dos: una, si tenemos conciencia o al menos la vaga idea del papel que jugamos en ese espectáculo, como espectadores-creadores, en definitiva, si comprendemos el rol de cuestionamiento y dos, si estamos preparados para reconocer los códigos de comunicación que nos entrega esta sociedad del espectáculo, para validar la circularidad del proceso, y seguir espectando y creando. La pregunta sobre el cuestionamiento viene de la mano con el análisis de forma y contenido de la obra. Entendemos por cuestionamiento, el más profundo y permanente acto de preguntarse sobre los fundamentos de algo, sobre su origen, sobre su mensaje, en definitiva, cuestionar es preguntar: preguntar qué, porqué, cuando, cómo...es nuestro propio grito. En definitiva, cuestionar es buscar el conocimiento de la obra que se supone, nos recrea como sociedad, como humanidad. ¿Estamos preparados para cuestionar la creación actual, suponiendo que en esa obra creada están siendo representados nuestros sueños, pensamientos y acciones, lo más sublime y lo más miserable de nuestra existencia? ¿Estamos preparados o

estamos preparándonos para cuestionar, sin quedarnos en la sola apariencia, en lo ligero, en lo sin contenido? ¿Estamos preparados para no caer en la anécdota simple? Mas aún, y esto en relación con la segunda pregunta ¿estamos en condiciones de reconocer y manejar los códigos creativos actuales? ¿Estamos en condiciones intelectuales de comprender siquiera un mínimo de la problemática creativa de nuestro propio tiempo? Nuevamente se nos relacionan los conceptos de creación, estética y crítica. La pregunta final... ¿están preparados o se están preparando los comunicadores, los diseñadores, los poetas, los artistas para hacer ese cuestionamiento de la obra de arte hoy y con ello, para crear nuevos códigos y nuevos lenguajes poéticos?

Bibliografía

- Quiroz Pizarro, R. (2001). “Hacia Kazantzakis, un Ulises del siglo XX”. *Méthexis*. 1, Santiago.
- Hodson, R. (2000). *Miguel Ángel. Escultor*. Madrid: Brand Editorial.
- Arenas, B. editor. (1964). *Vicente Huidobro, Obras Completas* (1ª ed.). Santiago: ZigZag.

Abstract: The creating act or Poesis in Arts and Design, as a linking process between analogue thinking, the inspiring reality and the cosmovision or circumstances of the creator, produces observation and abstraction process necessary for the building of the worlds of the image and the object in society. It is in the work itself, where the creator process of observation is noted, to create a brand new world, unrepeatable, but at the same time, inspiring of new relations, realities and creations. Proposed ideas about the creator act in an age where the insubstantial impose over the concrete.

Key words: Artistic creation - Analogical thought - Inspiration - Representation of reality - Spectator - Creator.

Resumo: O acto criador ou Poiesis na Arte e Desenho, como processo de vínculo entre o pensamento analógico, a realidade inspiradora e a ideia de mundo ou circunstância do criador, gera processos de observação e abstracção necessários para a construção dos mundos da imagem e do objeto na sociedade. É na própria obra, onde se constata o processo de observação por parte do criador, para criar um mundo inédito, irrepitible, mas ao mesmo tempo, inspirador de novas relações, realidades e criações. Propõem-se ideias sobre o acto criador numa época onde o intangível se impõe sobre o concreto.

Palavras chave: Criação artística - Pensamento analógico - Inspiração - Representação da realidade - Espectador - Criador.

(* **Marcelo Rodríguez Meza**, Doctor en Historia del Arte, Universidad de Navarra (España); Master en Artes, Universidad de Navarra (España); Historiador del Arte, Universidad Católica de Valparaíso (Chile). Profesor de Historia del Diseño y de Historia del Arte en la Escuela de Diseño de la Universidad Tecnológica Metropolitana, Chile. Integrante comité editorial y evaluador de revistas universitarias. Autor de libro *Arte del Banco de Chile, Dos Siglos de Pintura; Tecnologías Digitales y Cultura de Diseño; La Constante Expresionista en la Pintura Chilena y Un Expresionismo Permanente. Ideas sobre la Pintura Moderna* y diversos artículos en revistas universitarias.